



TERCER DOMINGO DE ADVIENTO*

“En medio de ustedes está uno a quien no conocen”

Luis Fernando Crespo

No olviden leer los Textos bíblicos antes del Comentario

Lecturas: Isaías 61,1-2a. 10-11; 1Tesalonicenses 5,16-24; Juan 1,6-8.19-28

Las lecturas del tercer domingo de Adviento cumplen bien su papel de prepararnos a reconocer y acoger con alegría al Mesías Jesús, al que -se nos dice- quizá no conocemos bien. Juan, el Bautista, e Isaías nos ayudan: Juan con su testimonio e Isaías con su anuncio.

El evangelio de este domingo está tomado del cuarto evangelio, el de Juan. Los primeros versículos provienen del “prólogo” (1, 6-8); los siguientes de la parte narrativa sobre la actividad del Bautista (1,19-28). Se nota una intención clara de subrayar la supremacía de Jesús. Juan es sólo el que “da testimonio de la luz”. La “luz verdadera” es aquél que es “la Palabra”, “se hizo carne y puso su Morada entre nosotros” (1,9.14). Juan se define a sí mismo por lo que no es: ni el Cristo, ni Elías, ni el Profeta. Es sólo “voz” para que “allanen el camino del Señor” y para anunciar que “en medio de ustedes está uno a quien no conocen”. De Jesús, por ahora, se habla sólo de manera indirecta, habrá todo el resto del evangelio para revelar quién es, lo que irá desarrollándose en la confrontación de la idea que los judíos tenían del mesías con lo que Jesús va manifestando de sí mismo.

Algo parecido podría decirse de nosotros, cristianos de este tiempo: celebramos la Navidad, sin conocer de verdad a Jesús. El tiempo de adviento es precisamente para “allanar el camino” hacia el reconocimiento y la acogida de quien, a pesar de estar en medio de nosotros, no sabemos identificar. Y esto en un doble sentido: tenemos unas imágenes de Jesús, el niño Jesús, dulces y tiernas, pero hechas a medida para que su presencia no moleste ni cuestione, casi como un objeto más que adorna la casa durante las fiestas. Pero nos cuesta reconocer en ese niño al Cristo del evangelio: el que anuncia el “Reino de Dios y su justicia”, el que denuncia con dureza la codicia y afán de acumular riquezas (Lc. 12,15-21), el que reclama la necesidad de compartir,

* Ciclo B

aunque no tengamos más que cinco panes y dos peces (Mc.6,34-44), el que acoge y libera a los marginados por ser enfermos o juzgados indignos como pecadores y critica ásperamente a quienes se autoproclaman justos, el que se conmueve ante el dolor de la mujer viuda que había perdido a su hijo único (Lc. 7,11-16), y saca la cara por la prostituta que se atreve a expresarle su amor en la casa del fariseo (Lc. 7,36-50), el que exige una conversión de mentalidad, actitudes y comportamientos para aprender a vivir como iguales y hermanos, el que reclama desbordar los límites del amor a “mi prójimo” para hacernos prójimos, como buenos samaritanos, de todo aquel que encontramos en situación de necesidad (Lc.10,36), el que no deja de hablarnos y remitirnos a un Dios que siempre nos acoge, abraza y festeja cuando volvemos a él (Lc. 15,11-32). En verdad esperamos a uno a quien no conocemos.

Hay también otra forma de no conocer al que está “en medio de nosotros”: al Jesús que se nos presenta hoy, en este tiempo duro después de la pandemia, con el rostro del hambriento, sediento, encarcelado, del migrante de nuestro país o extranjero, de la mujer golpeada o asesinada, de trabajadores explotados del agro, de jóvenes que buscan y no encuentran un trabajo digno, en fin, de tantas y tantos insignificantes y olvidados... ¡Está entre nosotros y no le conocemos! La indiferencia ante la pobreza y el sufrimiento, la falta de atención, de reacción y de compromiso ante lo que sabemos que genera esas situaciones están poniendo a prueba la verdad de nuestra fe y acogida de Jesús, el Cristo. “Allanar los caminos del Señor”, que trata de venir como salvador y liberador a nuestra humanidad, debería ser el lema movilizador de este adviento.

Isaías también nos ayuda a poner rostro al que esperamos. La lectura, tomada en esta ocasión de lo que los exégetas designan como “el tercer Isaías”, presenta a alguien, probablemente el mismo profeta autor de esas palabras, como “enviado” y “ungido” por el Espíritu del Señor con la misión de “anunciar la buena noticia a los pobres... (de) pregonar a los cautivos la liberación ... (de) pregonar un año de gracia de Dios”. La expresión “ungido de Yahvé” traduce lo que en hebreo se designaba como Mesías y en griego como Cristo. El “año de gracia de Dios”, de vieja raigambre bíblica (recordar el “año sabático” y el “año del jubileo” en Lev.25), implica liberación y justicia, libertad del trabajador esclavizado y recuperación de la tierra de la que había sido injustamente desposeído.

El texto nos resulta bien conocido porque, según el evangelio de Lucas, Jesús lo eligió en la sinagoga de Nazaret para presentarse ante sus paisanos, identificándose con ese personaje y su misión, al proclamar en su comentario: “esta lectura que acaban de escuchar se cumple hoy” (Lc.4,16-21). La lectura de Isaías nos pone en la pista para reconocer a quién hemos de esperar y descubrir en Navidad. Jesús, el habitado y guiado –“ungido”- por el Espíritu de Dios viene para liberar y salvar, hacer de los pobres y oprimidos sus destinatarios primeros, anunciar y ser él mismo “buena noticia”. De su identidad de “ungido” –Cristo- deriva nuestra condición de “cristianos” enviados para prolongar su misión liberadora en nuestro mundo. Celebrar con sentido cristiano esta Navidad - y más que en años anteriores- ha de implicar abrir los ojos y el corazón a los “cristos” que están en medio de nosotros y no conocemos.

La lectura de la carta de Pablo a los Tesalonicenses, que es el primer escrito del Nuevo Testamento, nos apremia a no extinguir el Espíritu. Y nos ofrece tres pistas: la oración: “oren constantemente”, el atento discernimiento con apertura y sensatez: “examinenlo todo y quédense con lo bueno” y, como fruto de ambos, la alegría: “estén siempre alegres”. ¡Ojo! Pablo no era un ingenuo ni un optimista desubicado, conoce en carne propia la persecución y la injusticia, así como la pobreza y la discriminación que aflige a la gente. La alegría no consiste en festejar lo bien que a uno le va en la vida, mientras otros –los más- sufren. Me llama la atención ver la sonrisa y la paz de personas que se entregan con generosidad y sencillez para atender y acompañar procurando una vida mejor a los más abandonados. La alegría a la que Pablo invita es como la felicidad que proponía Jesús en las bienaventuranzas. Es más bien descubrir y asumir que la vida, aun en circunstancias adversas, tiene sentido y vale la pena ser vivida. Para las personas creyentes es fuente de alegría el reconocer que Dios está siempre presente de manera discreta, pero real, amándonos y sufriendo con nuestros males –por eso es llamado “Emmanuel”- y que su Espíritu, como en Jesús mismo, nos hace capaces de amar, de consolar, de sonreír. Las personas solidarias que saben amar y ayudar no viven tristes y amargadas, son felices y contagian alegría

Conocer a Jesús que viene es descubrirlo “en medio de nosotros” habitado por el Espíritu., asumiendo lo anunciado por Isaías como programa de su vida: “Esta Escritura se ha cumplido hoy” (Lc.4,31). Su experiencia orante, centrada en su inspirada invocación “Abba”, es la fuente de su fidelidad a los pobres y sufrientes. Vive abierto, sin discriminación ni recelo, a todas las personas y situaciones, con la perspectiva clara de lo que es “bueno”, de lo que hace presente el Reino de Dios. En medio del conflicto y las tensiones que le generan la incomprensión y el rechazo de muchos, vive una experiencia de gozo y alegría, la de quien se siente realizado en su opción y sentido de vida, asumidos con libertad, coherencia y alegría.

En este tercer domingoⁱ estamos invitados a dar un paso más hacia el Señor que viene hacia nosotros, reconociendo bien su persona y su misión, acogéndolo en los rostros sufrientes con los que se ha identificado y viviendo con alegría este tiempo nuestro en el que, aunque lleno de ambigüedades e incertidumbres, la fuerza liberadora del Espíritu del Señor pugna por hacerse presente. Más que nunca necesitamos una Navidad vivida en la acogida de Jesús y de su mensaje. A eso llama Juan Bautista desde el desierto: “Rectifiquen el camino del Señor”. Hagan posible con su vida que se abra el camino para que la alegría del Jesús que viene llegue auténtica y reconocible a todas las personas. “¡Ven, Señor Jesús!”.

ⁱ Este año el cuarto domingo coincide con el 24 diciembre. No habrá cuarta semana de Adviento. De todas formas, las lecturas de ese día permitirán completar nuestra preparación para celebrar Navidad.